

ETICES

Boletín de Bioética

Lo humano de lo humanitario



Boletín trimestral de Bioética
Facultad de Medicina y Departamento de Humanidades
Grupo de Investigación ETICES
Volumen 5, número 2
Abril – Junio de 2013

Serie
EDITORIAL
CES



UNIVERSIDAD CES

Un Compromiso con la Excelencia

Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1371 del 22 de marzo de 2007

ISSN: 2145 - 3373

ETICES

Volumen 5, número 2: abril - junio de 2013

©Universidad CES

ISSN 2145-3373

Hechos todos los depósitos que exige la ley

Diagramación:

Oficina Proyección Corporativa - Universidad CES

Lo humano de lo humanitario¹

Mauricio Taborda Alzate²

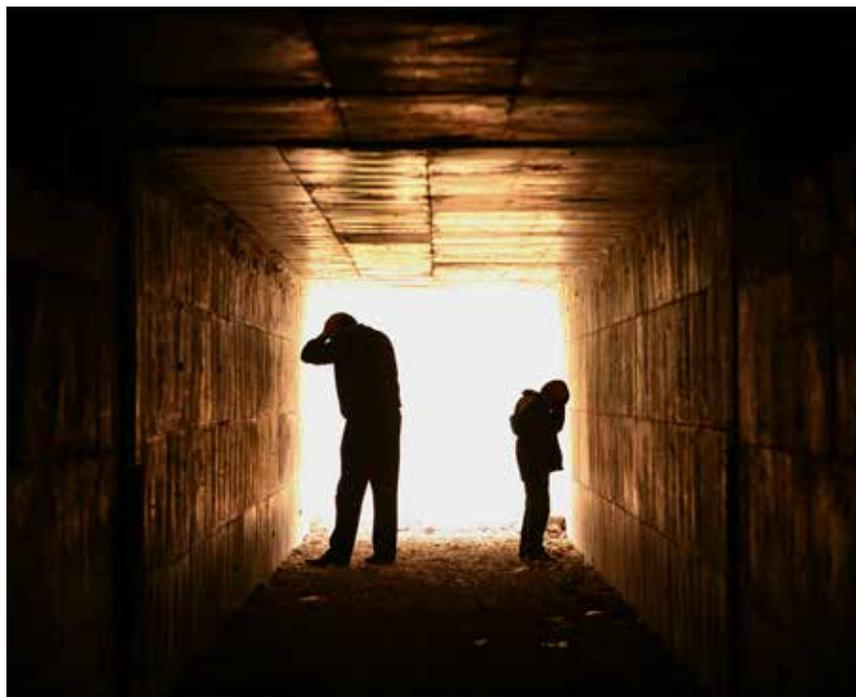
***Dedicado al hijo de un amigo, a Ulises;
quien decidió regresar a su Ítaca.***

¿Qué relación hay entre acción humanitaria y humanismo? ¿Qué es lo humano de lo humanitario? Estas preguntas abren unos caminos en la medida que cierran otros. Hoy quiero compartir con ustedes parte del recorrido que alcancé a realizar en este bosque particularmente denso, cuando se piensa desde un país como el nuestro, en días como los nuestros. Yo nunca he estado en medio de un desastre, pero todos los días me siento sobreviviente de un conflicto armado que me ha tocado vivir desde que nací. Este sólo hecho no legitima mis palabras, pero sí me anima a escribir hoy aquí. Quiero entonces compartir algunos conceptos sobre uno de los principios fundantes de la acción humanitaria: el principio de *Humanidad*.

Voy a señalar sólo dos recodos, dos cruces entre la acción humanitaria y el humanismo, más para invitarlos a recorrer su propia senda que para sentar cátedra o adoctrinar en relación con la mirada que les comparto. El primer recodo lo he llamado "Las paradojas de lo humano: entre el humanismo y lo humanitario". El segundo lo he titulado con un verso de un Borges joven: "Mi humanidad está en sentir que somos voces de una misma penuria" (2005, p. 70). Empecemos entonces.

¹ Este texto fue leído en el encuentro conmemorativo de los 150 años del Comité Internacional de la Cruz Roja, llevado a cabo el viernes 12 de julio de 2013 en la Universidad CES. El Boletín ETICES ha querido unirse a este acto de memoria y reconocimiento del compromiso humanitario de la Cruz Roja, publicando esta reflexión sobre lo humano de lo humanitario, principio fundante de la Bioética.

² Licenciado y magister en filosofía. Candidato a doctor en Filosofía. Profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad CES. Miembro del grupo de investigación ETICES.



1. Las paradojas de lo humano: entre el humanismo y lo humanitario

Es un lugar común decir que los seres humanos somos un misterio. Al escuchar ese dictamen poco más se puede decir, pues por definición el misterio invita al silencio. Toda palabra se agota al intentar definirlo o al querer comprenderlo. Ante el misterio sólo queda la apertura y el silencio como hacen los místicos. En la mística es el misterio el que habla. Entonces este primer recodo no se puede llamar: *El misterio de lo humano*. En vez de poner el acento en ese horizonte, he querido plantear lo humano como paradoja.

Me voy a permitir una versión propia (pero sobre los hombros de la tradición) acerca de lo que vamos a entender aquí por paradoja. Paradoja se dice de aquello que desafía la lógica compartida, la opinión común, ya que sin tratarse de una incoherencia, no parece tener una solución que sea aceptada por quienes identifican tal situación. Toda paradoja tiene un componente contradictorio, pero no toda contradicción es necesariamente paradójica. Permítanme un ejemplo: si yo digo a esta hora de la mañana, “qué fresca está la noche” alguien puede decirme con base en la evidencia cronológica y visual, que estoy equivocado porque lo que digo es contradictorio. Y entonces el asunto

se puede resolver. En cambio, si lo que digo es “siento que no puedo vivir más contigo, pero a la vez siento que no puedo vivir sin tí”, estoy en brazos de la paradoja, pues no existe ninguna evidencia lógica, científica, técnica o fáctica suficiente que me ayude a resolver tremendo dilema. Por fortuna eso rara vez nos pasa...

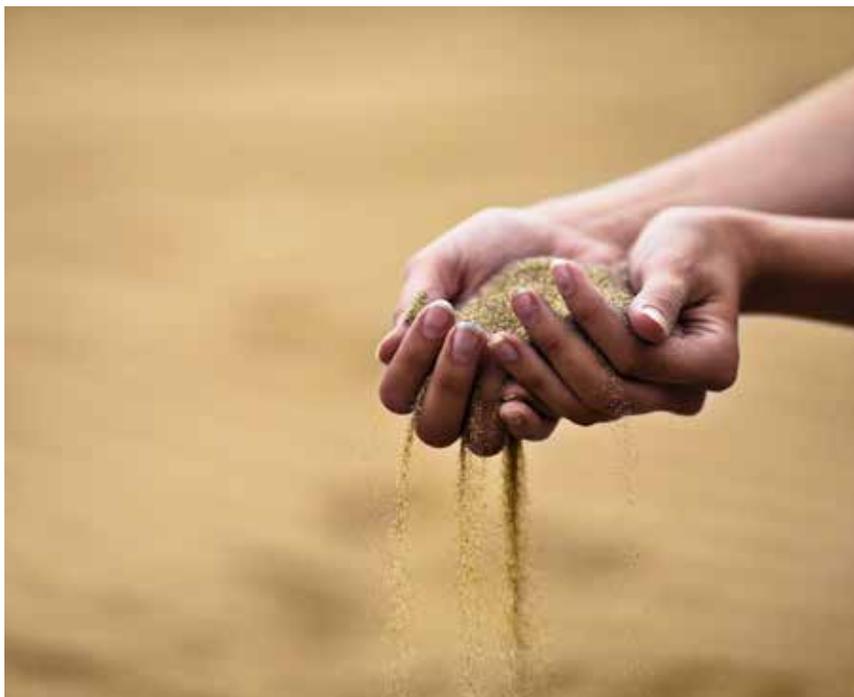
Lo humano es paradójico en cuanto, como decía el cantor: “cosa extraña es el hombre: nacer no pide, vivir no sabe y morir no quiere”³. La condición humana está atravesada por la paradoja. Necesitamos de otros para poder vivir, pero a la vez, no soportamos vivir con otros. A esta forma de la paradoja Kant la llamó: “la insociable sociabilidad humana” (Kant, 1981). Con las palabras podemos envenenar y con las palabras podemos embelesar, decía Gorgias. En fin, la medida de lo humano es la medida de la paradoja.

Las diversas tradiciones humanistas han intentando dar cuenta de la paradoja humana; sin embargo, cabe aquí una distinción entre el humanismo como disciplina y el humanismo como forma de vida. El humanismo como disciplina suele relacionarse con actividades propias de la cultura letrada, con lo que llamamos humanidades: literatura, historia, filosofía, artes, etc. De hecho cuando hablamos coloquialmente de los humanistas nos referimos a personas dedicadas a pensar estas dimensiones de lo humano. Sloterdijk, un filósofo alemán actual dice que “En el corazón del humanismo entendido de este modo descubrimos una fantasía de secta o club, el sueño de fatal solidaridad de aquellos que han sido elegidos para poder leer. [...] El tema latente del humanismo es entonces el rescate del ser humano del salvajismo, y su tesis latente dice: la lectura correcta domestica” (Sloterdijk, 2006).

Si bien la cultura y la educación humanista pueden ser vistas como la posibilidad de superación de nuestra condición natural, instintiva y primaria (por ejemplo como hoy lo plantea la filósofa norteamericana Martha Nussbaum), no se puede negar el carácter de adoctrinamiento y control que siempre ha cumplido el aparato educativo. Estamos de nuevo ante la paradoja humana: el mecanismo más refinado para transmitir de una generación a otra lo que como sociedad consideramos más valioso, es el mismo mecanismo para garantizar que compartamos una visión del mundo por fuera de la cual nos convertiríamos en sujetos peligrosos o desadaptados. Haciendo una lectura muy reducida de las causas y las implicaciones de esta idea de humanismo como disciplina, podemos afirmar que el riesgo con este tipo de humanismo es que termine reducido a la relación estrecha con una biblioteca, pero de espaldas a aquello de lo que seguramente la biblioteca trata, a saber: los múltiples rostros de la condición humana.

³ Frase atribuida a Facundo Cabral.

“Nosotros llamamos rostro al modo en el cual se presenta el otro, que supera la idea del otro en mí” (Levinas, 1977). Ante el rostro del otro, y particularmente ante su dolor, todo conato discursivo o teórico se queda a medio camino entre el silencio y la palabra. El rostro del otro me interpela y me desborda. Tal vez por eso ha sido necesario acuñar el término humanitario para diferenciarlo de humanista. La paradoja en este sentido se puede plantear así: quienes nos dedicamos a pensar lo humano corremos el riesgo de alejarnos de lo humano en nombre de las implicaciones de nuestra labor: leer, escribir, publicar, enseñar, investigar. Ser humanista de espaldas al rostro humano es como si un astrónomo hablara de las estrellas a partir de manuales, sin haber visto nunca una a través del telescopio.



Se puede ser fascista y humanista; se puede ser indiferente a la tragedia humana y humanista; se puede ser indignante y humanista. Entendiendo en este contexto por humanista: el letrado, el alfabetizado, el hombre de letras, la persona culta, el versado, el erudito. Uno puede leer los clásicos sin dejarse tocar por lo que ellos dicen. Uno puede leer acumulando referencias, pero sin dejarse transformar por lo que lee, sin dejar que le pase nada a su vida de lector. Estanislao Zuleta dijo que si un libro no transforma la relación que tenemos con la vida, con la muerte o con el amor, es una

mercancía más que tenemos en la casa. Se puede leer *Crimen y castigo* de Dostoievski sin sentir, como Sonia, la necesidad de perdonar el crimen de Raskolnikov. Se puede ser un profesor muy erudito en las más diversas materias, pero ser inhumano en el trato con los estudiantes y con los colegas. Esto ya no es paradójico, esto sí que es una crasa contradicción.

Ahora bien, el humanismo entendido como una disposición ante la vida, como un talante, un temperamento de ánimo, es otra cosa. Ser humanista en este sentido obliga a pensar lo humano humanamente. Implica apropiarse de aquella frase atribuida al poeta Terencio: "Soy humano y nada de lo humano me es indiferente" (Terencio, 1950). Este humanismo se aproxima a lo humanitario, en cuanto piensa lo humano mirándolo a los ojos, tocándolo, untiéndose, sintiendo la respiración de los cuerpos en medio de la adversidad. La autenticidad del humanismo se alberga en la conciencia del humanista, en lo que mueve sus preguntas, en lo que lo lleva a leer los clásicos, en lo que guía sus pasos a través de la paradoja humana, en el modo como su mirada expresa interés real por el otro en su circunstancia. El auténtico humanismo es una forma de hacer. Ser humanista y ser humanitario implica ser experto en experiencia de humanidad.

En síntesis: no todo humanista es humanitario, pero toda persona auténticamente comprometida con la acción humanitaria es un humanista de facto, en cuanto se compromete con la humanidad. Ser humanista y ser humanitario, implica ocuparse de la paradoja humana mirándola, conociéndola, habitándola. No se puede tener un compromiso real con lo humano de 8:00 de la mañana a 6:00 de la tarde, de lunes a viernes. Ser humanista y ser humanitario son tareas asimilables a la maternidad o a la paternidad pues se trata de labores de término indefinido, tiempo completo, dedicación exclusiva, disponibilidad permanente.

2. "Mi humanidad está en sentir que somos voces de una misma penuria"

Pocas experiencias son tan fecundas para el pensamiento y la acción como el dolor humano. Si algo se parece a la verdad es el dolor. Tal vez por eso es tan difícil ponerlo en palabras. El lenguaje se queda corto cuando de nombrar el dolor o el sufrimiento se trata. Alrededor del dolor, los humanos expresamos lo mejor y lo peor de lo que somos. El dolor nos reúne en la compasión, indistintamente de nuestras creencias o filiaciones. No es mi interés entrar en disquisiciones sobre las bases biológicas y evolutivas del altruismo y la compasión, asuntos bien trabajados por la neurociencia, la psicología y otras áreas en la actualidad y en exhaustivas referencias sobre la *Areté*, la *Paideia*, la *Iustitia* y la *Humanitas*, del humanismo clásico.

Prefiero apelar a uno de los rasgos más propios de nosotros los humanos: el sentido común, tal como lo señala Gadamer cuando piensa el humanismo (Gadamer, 1999). Es decir, me voy a remitir a una expresión que todos hemos escuchado o hemos usado en algún momento para hablar sobre el trato con alguien, esa expresión es: "qué persona tan humana". ¿A qué nos referimos cuando decimos que alguien es humano? ¿Acaso no basta con ser *bípedos implumes de uñas planas*, para merecer dicho apelativo? ¿o será que como Diógenes "El Cínico", tendremos que salir con una lámpara a plena luz del día para buscar un hombre? Permítanme hacer eco de sus respuestas mentales. No basta nacer en la especie humana para ser considerado humano. Es como si los seres humanos nacióéramos, por lo menos, dos veces. Una cuando salimos del vientre, otra cuando ingresamos a la cultura. Quiero decirlo con Píndaro: "*Llega a ser el que eres*". Nacemos humanos para humanizarnos. Ya somos lo que podemos llegar a ser. Como las olas, vuelve la paradoja. Somos, mientras vamos siendo.

Entonces decimos que alguien es humano cuando va más allá de lo biológico, de lo instrumental, de lo operativo, cuando hace más de lo que "le toca hacer". Cuando no se comporta como un contestador automático. Decimos que un médico es humano cuando no sólo se limita al diagnóstico y al tratamiento sino que nos mira a los ojos,



sonríe y nos trata con amabilidad, cuando muestra interés real en nuestra condición. Cuando alguien nos toma en serio, se compromete, nos da una mano sin más interés que ayudarnos a estar mejor, entonces sentimos que es humano porque nos sentimos tratados como humanos. Es un asunto de reconocimiento, en el sentido de Axel Honeth.

Definir dignidad es difícil, discutible, pero uno sabe cuándo es tratado dignamente. Definir amor es difícil, polisémico, pero uno siente cuándo alguien lo trata con amor. Eso mismo pasa con lo humano. Podemos rasgarnos las vestiduras, citar todos los humanismos, post humanismos y anti humanismos, pero cada quien, aunque no sepa quién fue un tal Erasmo de Rotterdam, siente quién lo trata humanamente. De lo humano se puede decir lo que Agustín decía sobre el tiempo en el Libro XI de sus Confesiones: "si me preguntan qué es, no lo sé, pero si no me lo preguntan, lo sé" (Agustín, 1951, Lib. XI, Cap. 14, N. 17).

Continuando con esta mirada de lo humano desde la experiencia cotidiana, quiero invitarlos a pensar ahora en su hogar. El hogar es un lugar donde cada quien se debería sentir humano. Puede que la ciudad, el afuera del hogar nos haga sentir a veces bestias entre bestias. Pero en el hogar hasta el más inhumano de los humanos se debería sentir humano. En el hogar, lo humano se experimenta en toda su dimensión; en su hospitalidad, en su acogida, cada uno debería sentirse cobijado en su dignidad.

La etimología de humano tiene que ver con habitar, morar, tener un lugar, un vínculo con la tierra. Humano sabe a *humus*. No sé si Corominas o Isidoro nos den la razón, pero no parece fortuito que humano comparta raíz con humillación y con humildad. Dos antípodas de nuestra penuria. Dos caras de una misma paradoja.

Una forma muy hostil de la experiencia humana es esa de no tener un lugar dónde encauzar los cuatro elementos. Una casa, arquitectónica y alegóricamente, es un lugar donde se ordenan los cuatro elementos: el fuego (para calentar y transformar el alimento), el agua (para todo lo que ustedes y yo la usamos), el aire (para respirar mejor) y la tierra, la tierra. El humus, lo humano. Cuánto ha dolido la tierra en esta Tierra. ¿Cuánta tierra necesita un hombre? pregunta Tolstoi en un bello cuento. En Colombia esa pregunta no es sólo literatura, es dolor. En Colombia esa pregunta ha derramado sangre. Siervos sin tierra sería un buen nombre de uno de los dramas más cruentos de nuestra historia. Drama que interpela a la reflexión bioética en el sur, como bien lo señalan Volnei Garrafa, Susana Vidal y María Luisa Pfeiffer.



Los invité a pensar en su casa, en su hogar, porque una de las experiencias límite es el desarraigo que genera el desplazamiento. Que se obligue a alguien a abandonar su casa es uno de los peores atentados contra su humanidad. Colombia es el país con más desplazados internos del mundo, las cifras más optimistas hablan de cinco millones de personas desplazadas (Centro de Monitoreo del Desplazamiento Interno, 2013) aunque algunos insistan en que en Colombia no hay desplazados, sino inmigrantes internos. Quien se ve forzado a abandonar su hogar entra en un círculo creciente de deterioro de su dignidad. Si no se tiene un lugar para habitar, todo lo que se tenga está en absoluta indefensión.

Si la casa es un lugar humano por antonomasia, ser humanitario es ser casa para otro. Es ayudarle a otro a recuperar su casa como lugar del afecto, la seguridad, la dignidad, la memoria. La hospitalidad es signo universal de humanidad. Hay personas con las que nos encontramos en la vida y nos hacen sentir como en una casa. La casa es el lugar donde uno puede ser como es. Caminar descalzo, sentir la tierra, desnudarse de los personajes que todos representamos afuera. Ser casa para otro es un gesto profundamente humano de lo humanitario.

Concluyendo:

- Lo humano de lo humanitario se expresa en la cercanía compasiva y eficaz ante el sufrimiento humano.
- Lo humano de lo humanitario consiste en ser capaz de darse voluntariamente para ayudar a que otros puedan vivir una vida digna.
- Lo humano de lo humanitario está en asumir la paradoja de llevar la esperanza al infierno, lugar en cuyo dintel se advierte: *"Quien entre aquí abandone toda esperanza"*.
- Lo humano de lo humanitario es uno de los pocos gestos de resistencia que nos queda en un mundo de indiferencia e inercia vital.
- Lo humano de lo humanitario obliga a pensar hoy en los nuevos escenarios de la guerra, que reclaman nuevas estrategias de humanización.

Para finalizar, quiero compartir una voz que sintetiza, de modo más preciso y más bello, lo que he intentado recorrer en el horizonte de la pregunta por lo humano de lo humanitario. La voz es un poema de Jorge Luis Borges donde queda expresada la simplicidad de lo humano y cómo en los gestos más cotidianos y aparentemente más nimios, muchas veces sin saberlo, estamos salvando el mundo. El poema se erige como crítica de los mesianismos megalómanos. Todo mesianismo termina convertido en fundamentalismo. El único mesianismo es el de lo próximo, el mesianismo que no se propone salvar a nadie, el mesianismo anónimo de los justos, el mesianismo humanista:

Los Justos (Borges, 2005, p. 562)

Un hombre que cultiva un jardín, como quería Voltaire.

El que agradece que en la tierra haya música.

El que descubre con placer una etimología.

Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.

El ceramista que premedita un color y una forma.

Un tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.

Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.

El que acaricia a un animal dormido.

El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.

El que agradece que en la tierra haya Stevenson.

El que prefiere que los otros tengan razón.

Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.

Referencias

Agustín, S. (1951). Las Confesiones. Lib. XI, Cap. 14, N. 17. En: Obras de San Agustín. Tomo II. 2 ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Borges, J. L. (2005). Obra poética. Buenos Aires: Emecé.

Centro de Monitoreo del Desplazamiento Interno. (2013) Recuperado el 29 de enero de 2014, de: http://www.eltiempo.com/justicia/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12768564.html.

Gadamer, H. G. (1999). Verdad y método I. Madrid: Sígueme.

Kant, E. (1981). Idea de una historia universal en sentido cosmopolita. México: Fondo de Cultura Económica.

Levinas, E. (1977). Totalidad e infinito. Madrid: Sígueme.

Sloterdijk, P. (2006). Normas para el parque humano. Una respuesta a la Carta sobre el humanismo de Martin Heidegger. (4.a ed.). Madrid: Siruela.

Terencio. (1950). El enemigo de uno mismo (Heautontimorúmenos). En: LA MAGNA Giovanni. Publio Terenzio: Heautontimorumenos. Milán: Carlo Signorelli.

Envíe sus comentarios y sugerencias a través de las siguientes direcciones:

fochoa@ces.edu.co

jwosorio@ces.edu.co

jtaborda@ces.edu.co

Integrantes del grupo ETICES

Francisco Luis Ochoa J. Médico. Magíster en Epidemiología.

J. Mauricio Taborda A. Filósofo. Candidato a Doctor en Filosofía.

John Wilson Osorio. Historiador. Especialista en Educación.

José María Maya Mejía. Médico. Magíster en Salud pública.

Santiago Henao. Médico Veterinario. Candidato a Doctor en Bioética.

Jorge Humberto Molina O. Historiador. Magíster en Hermenéutica Literaria.

Mario Fernando Arenas S. Filósofo. Magíster en Hermenéutica Literaria.

Luis Fernando Toro P. Médico. Magíster en Epidemiología.

Stella Navarro. Médica. Intensivista. Magíster en Bioética.

Juan Manuel Uribe Cano. Doctor en Filosofía.

Rodrigo Posada Bernal. Economista Industrial. Magíster en Ciencias de la Administración.

Sara Múnera. Fisioterapeuta.

Imágenes tomadas de:

www.ingimage.com

El Bolefín ETICES se publica gracias al apoyo financiero de la Dirección de Gestión del Conocimiento de la universidad CES.

ETICES

Boletín de Bioética

Lo humano de lo humanitario



Boletín trimestral de Bioética
Facultad de Medicina y Departamento de Humanidades
Grupo de Investigación ETICES
Volumen 5, número 2
Abril – Junio de 2013

Serie
EDITORIAL
CES



UNIVERSIDAD CES

Un Compromiso con la Excelencia

Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1371 del 22 de marzo de 2007

ISSN: 2145 - 3373